



ADMINISTRACION
50, PLAZA DE TETUAN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCION Y REDACCION
50, PLAZA DE TETUAN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II

BARCELONA 5 MAYO 1900

N.º 52

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS * 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE * PORTUGAL 60 REIS

REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL
doctor LADIVONSIM

Este preparado, verdadero rey de los callicidas no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por millares de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la *curación radical* de una dolencia que tanto molesta y adhiere a la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inocuamente, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

DE VENTA: En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América.

ÚNICO AGENTE EN ESPAÑA:
Bailen, 85, 1.º 2.ª—BARCELONA



OBRAS ILUSTRADAS Y DE GRAN LUJO * RAMON MOLINAS, EDITOR



CUENTOS
DE TODAS PARTES

ORIGINALES
DE LOS

MÁS CÉLEBRES AUTORES

CONTEMPORÁNEOS

Profusamente ilustrado. — Un
tomo en tela, 5 pesetas.

Ayuntamiento de Madrid



Fecha Memorable

A semejanza de lo que ocurre con los gémenes de la vegetación que, al llegar señalado tiempo, surgen del sueño; así suele ocurrir con ciertos hechos inmortales de un pueblo. Dijérase que determinadas fechas tienen el poder de hacer aparecer y lucir espléndidos días de gloria para una nación. Entre estas fechas memorables se encuentra el Dos de Mayo, para España.

No una, sino varias veces, durante el transcurso de este siglo, la historia hispana ha enriquecido sus páginas con brillantes epopeyas. Epopeyas tristes, es cierto, de poco provecho para nosotros; pero epopeyas, al fin, en que luchando, como siempre, con elementos materiales inferiores, con el quebradizo lanzón de Don Quijote, hemos probado de nuevo el valor de nuestras almas y la resistencia de nuestros pechos.

Si; el Dos de Mayo será siempre una fecha memorable para España. Al alborcar todos los años ese día, entre los rayos sonrosados de las auroras de primavera, acuden á nuestra memoria, ya con inspiraciones de melancolía, ya con sugestiones de legítimo orgullo, la heroica defensa del Parque de Madrid, en 1808; el sitio de Bilbao, en años posteriores; el combate del Callao, en 1866; y últimamente el cruento sacrificio de nuestra desmembrada escuadra en Cavite, peleando con otra escuadra infinitamente superior.

Hechos hermosos, en verdad, aunque inútiles, deben servirnos de ejemplo y ense-

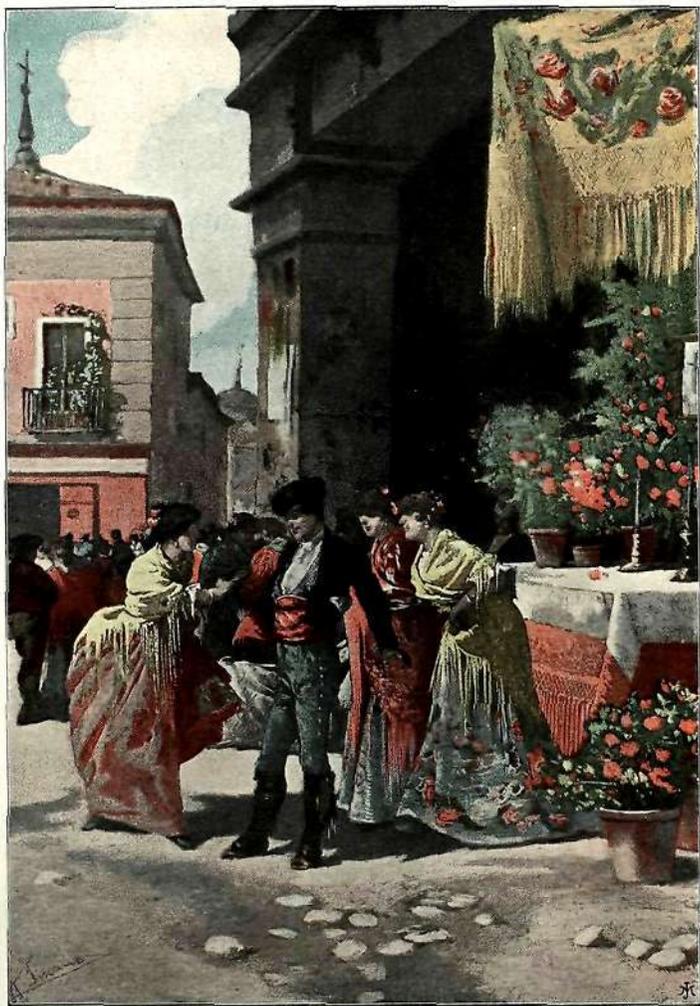
ñanza para lo futuro. En efecto, debemos estar convencidos, hasta la saciedad, de una cosa por demás evidente. Esto es, no basta el valor, en las luchas armadas de los pueblos, si al valor no acompaña un sostén positivo. Y aun así y todo, conviene no derramar la sangre sino en casos que ofrezcan resultados beneficiosos. La poesía del heroísmo es muy bella; una derrota con honor es muy brillante. Pero, ¿acaso viven los pueblos con sólo los ecos de la trompeta de la fama?

Desgraciadamente han pasado los tiempos heroicos, y hoy, en las guerras, como en todo, predomina el interés, que nada tiene de reprochable cuando es grande y noble.

De todos modos, para la vieja España, el Dos de Mayo es una fecha que parece rejuvenecer su alma legendaria. Es la fecha nacional, aunque el sol que la alumbró esté envuelto en crespones de luto. Es una fecha que trae como aires de libertad, como oleadas de grandeza, en medio de las miserias y de las pequeñeces actuales. Es una fecha, en que sin rencores para ninguno de nuestros pasados enemigos, podemos levantar la frente con orgullo y pensar en un porvenir más próspero y glorioso.

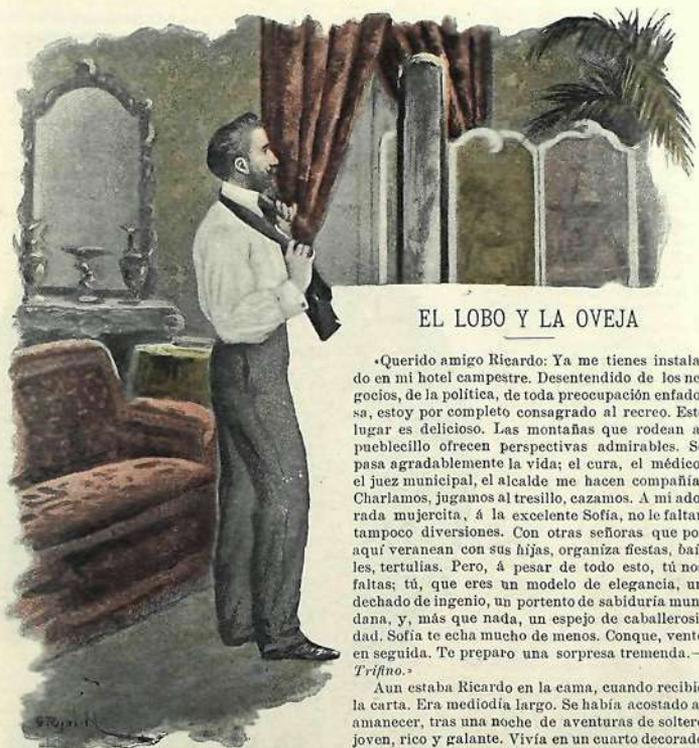
EMILIO RIVAS

Ayuntamiento de Madrid



—¡UNA LIMOSNITA PARA LA CRUZ DE MAYO!

Ayuntamiento de Madrid



EL LOBO Y LA OVEJA

—Querido amigo Ricardo: Ya me tienes instalado en mi hotel campestre. Desentendido de los negocios, de la política, de toda preocupación enfadosa, estoy por completo consagrado al recreo. Este lugar es delicioso. Las montañas que rodean al pueblecillo ofrecen perspectivas admirables. Se pasa agradablemente la vida; el cura, el médico, el juez municipal, el alcalde me hacen compañía. Charlamos, jugamos al tresillo, cazamos. A mi adorada mujercita, á la excelente Sofia, no le faltan tampoco diversiones. Con otras señoras que por aquí veranean con sus hijas, organza fiestas, bailes, tertulias. Pero, á pesar de todo esto, tú nos faltas; tú, que eres un modelo de elegancia, un dechado de ingenio, un portento de sabiduría mundana, y, más que nada, un espejo de caballerosidad. Sofia te echa mucho de menos. Conque, vente en seguida. Te preparo una sorpresa tremenda.—

Trifino.

Aun estaba Ricardo en la cama, cuando recibió la carta. Era mediodía largo. Se había acostado al amanecer, tras una noche de aventuras de soltero joven, rico y galante. Vivía en un cuarto decorado primorosamente. Servíale una mujer, ya entrada

en edad, antigua criada de sus padres. Tocó en el timbre, y apareció el ama de gobierno.

—Ama, prepárame la maleta. Salgo esta tarde. Disponme mucha ropa interior de campo.

Sonrió el ama, sin sorprenderse de aquella orden repentina. Estaba acostumbrada á ellas. Y empezó á registrar cómodas, baules y armarios, para arreglar el equipaje. Entretanto, había saltado Ricardo del lecho, y, vistiéndose un pantalón, se lavó y comenzó á acicalarse delante de un espejo.

El ama había colocado la maleta en medio del gabinete del tocador, é iba y venía por la casa, trayendo prendas y empaquetándolas á presencia de Ricardo.

Mirábala en silencio su señorito, y siempre veía la sonrisa en la cara del ama.

—¡Qué maliciosa eres! —la dijo, al fin.—Ya te imaginas que voy á emprender una hazaña de Tenorio.

—¡Si yo nada digo! —repuso el ama, sin dejar su maliciosa sonrisa.

—No lo dices, pero lo piensas, —observó Ricardo.—Pues, para que lo sepas... No es ninguna mujer quien me llana. Es D. Trifino Caparrosa, cuya amistad grande para conmigo, y cuya solicitud y deferencias y hasta protecciones ya conoces. Es un hombre que llegará muy arriba en política. Conviene tenerle contento. Además, puede quererse por sus hermosas cualidades. Es una bellísima persona.

El ama soltó la carcajada. Ricardo retoreábase el bigote con las tenacillas, y se volvió hacia su sirviente con gesto amostazado. —¿Me dirás ahora por qué te ríes?

El ama refunfuñó entre dientes: —¡Bellísima persona D. Trifino! ¡Y parece un ogro! ¡Bella? Su esposa.

No pudo contenerse Ricardo, y en un arranque de ira, arrojó al suelo lo que tenía en la mano, encarándose con su impertinente ama.

—No tengo que darte explicaciones. Pero tampoco quiero que abrigues criminales sospechas. Sabes hasta la saciedad que yo no soy galán de mujeres casadas, y, especialmente, casadas con amigos míos. Será cuestión de temperamento, de educación, de conciencia. No lo sé. Pero, es lo cierto que las mujeres casadas no me infunden sino sentimientos nobles, afectos respetuosos: amor a una madre, a una hermana... La mujer casada que se me rindiera, más que pasión ó deleite, me inspiraría desprecio. ¡Hay tantas solteras bonitas! Con las solteras puede abrirse libremente el corazón á las expansiones amorosas. Suceda lo que suceda, siempre se puede responder altivamente de los actos. En cambio, con la mujer casada, ¿qué se recoge? Zozobras, temores, vilezas. ¡Es una traición, una cobardía, un asco!

No obstante de esta filípica moral, el ama continuó con su inercúcula burla.

Fué recibido Ricardo con sumo contento en el hotel de D. Trifino. Se le abrieron todos los brazos se le dispuso un elegante aposento; se le presentó á los amigos con las frases más lisonjeras. La presencia de Ricardo entre las mujeres fué como un deslumbramiento, una fascinación, un fenómeno inesperado. Todas buscaban su compañía, solicitaban sus preferencias, rodeábanle de halagos.

En la mesa, en los salones, en los bailes, la persona de Ricardo representaba un papel principalísimo. Su inteligencia era clara, su espíritu cultivado, su ingenio agudo, su trato afable. Y estas cualidades aparecían realizadas por un porte tan varonil como simpático.

D. Trifino estaba orgulloso de su huésped. No podía separarse de su lado. Lo llevaba á todas partes, gastando de su conversación, que sin llegar á la altura de la del político, chispeaba, sin embargo, con resplandores de ideas siempre nuevas. Visitando ambos el hotel y sus dependencias, don Trifino se detuvo ante un establo. Allí, un perro guardaba, echado en el suelo, varias ovejas.

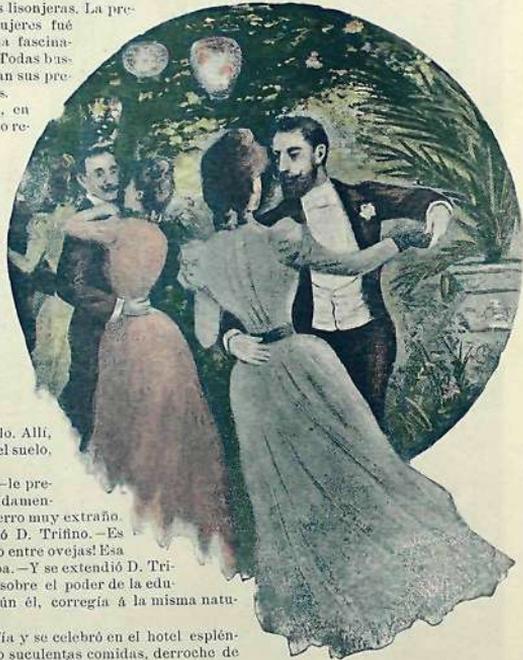
—¿Qué te parece ese perro?—le preguntó D. Trifino.—Mirólo detenidamente Ricardo, y repuso:—Es un perro muy extraño.

—¡Y tan extraño!—exclamó D. Trifino.—Es un lobo... domesticado. ¡Un lobo entre ovejas! Esa era la sorpresa que te preparaba.—Y se extendió D. Trifino en largas consideraciones sobre el poder de la educación. ¡Oh la educación! Según él, corregía á la misma naturaleza.

Llegó el cumpleaños de Sofía y se celebró en el hotel espléndida y regocijadamente. Hubo suculentas comidas, derroche de vinos, risas y juegos. Por la noche se efectuó un baile en el parque del hotel, de cuyos árboles se colgaron farolillos de colores. La música estaba compuesta de guitarras y bandurrias, tocadas por campesinos, modesta representación de la orquesta del pueblo. Acudieron, de los alrededores, señoras y señoritas que veraneaban también en el campo. En todas ellas hizo profunda impresión Ricardo. En las señoras casadas despertó sueños imposibles; en las muchachas solteras inició esperanzas encantadoras. Pero cuando el interés que inspiraba Ricardo subió de punto fué al formular D. Trifino, durante un descanso de baile, mientras se tomaban dulces y golosinas, la nota predominante del carácter de su amigo y huésped.—Es un Tenorio que jamás ha perseguido á ninguna mujer casada.

No hay que decir que hubo una confabulación tácita entre las señoras casadas para hacer delinquir, ó desdecirse, por lo menos, al incorruptible galán.

Y Ricardo bailaba con ellas; y aunque las diabólicas hijas de Eva desarrollaban su más refinada táctica de seducción, Ricardo permanecía impassible, fino y cortés, no dándose por entendido. Con las solteras, en cambio, usaba un juego contrario. En medio de los giros del baile, clavaba sus ojos en los



ojos de ellas, las murmuraba palabras dulcísimas, las llevaba como en un vuelo de felicidad y de armonía. Terminados los bailes, se formaron, entre la penumbra de los árboles, animados corcos de señoras. Una de ellas, la que se mostraba más despechada de la entereza de Ricardo, decía:

—No quiere á ninguna mujer casada porque ya querrá á una... Es un gran comediante. ¿No han notado ustedes que ha bailado con todas, menos con la esposa de D. Trifino?

Y la marmuración empezó á deslizar en voz baja, cautelosamente, en un rincón del oscuro parque, enrosándose como un reptil en torno de su víctima. Dos días después tuvo D. Trifino un despertar doloroso. Vino á anunciarle el guarda que el lobo había huido al monte la noche anterior, habiendo hecho entre las ovejas un horrible destrozo.

—¡Ingrato!—exclamó, siempre bondadoso, D. Trifino.—No siento las ovejas perdidas, sino la destrucción de mis teorías sociales.—Después de un rato de silencio, dijo al guarda:—No digas nada. Se va á burlar de mí la gente.—Luego, tomando una resolución energética, añadió:—Voy á buscar al lobo. O denegaré que lo busquen los mejores cazadores. Si lo encuentro, y vuelve aun vivo á mis manos, proseguiré mi educación. No desconfío de obtener éxito.

Aquel fué un día de prueba para D. Trifino. Todos le miraban con burlona sonrisa. No hubo otra conversación que la perniciosidad que hay en poner un lobo entre unas ovejas.

—Al cabo el lobo concluirá por comérselas,—decían todos.

Por la tarde tomó D. Trifino su escopeta, y se fué al monte. Al marcharse le dijo á Ricardo:

—Te dejo confiada mi mujer. Paséala, diviértela, custodiála. ¡Hasta la vuelta!

Por el pensamiento, perpetuamente optimista de D. Trifino, no podía pasar la idea de que entre su esposa y Ricardo pudiera haber la misma relación que entre la oveja y el lobo. Estaba firmemente convencido de la lealtad de su amigo y de la virtud de Sofia.

Por eso los dejaba solos, seguro de que su honor no peligraría ni por la debilidad de la mujer ni por la brutalidad del hombre. Recorrió, durante dos horas, los montes, sin encontrar rastros ni señales del lobo. Ya cansado, sin haber disparado la escopeta,

que había cargado con bala, empezó su regreso al pueblo, con, templando de camino el magnífico paisaje que se presentaba ante su vista. Especialmente, desde un alto pico, cercano al hotel, se gozaba de una perspectiva maravillosa. Allí trepó D. Trifino, y acomodándose entre unos peñascos, se sentó de cara al horizonte, abismado en hondos y agradables pensamientos. Así permaneció largo rato, cuando al otro lado del monte oyó voces y carcajadas. Se incorporó, miró, y vio que era Sofia, seguida de Ricardo y otras familias, que corrían á tomár por asalto el encumbrado pico, tras del que se había sentado D. Trifino.

—Voy á darles un susto,—dijo riendo.

Y se parapetó, con la escopeta en las manos detrás de dos rocas, desde donde podía ver sin ser visto. Continuaba Sofia su carrera, siempre seguida de Ricardo. La demás gente se había quedado muy atrás, ya porque no pudiera, ó ya porque no quisiera adelantarlos. Sofia, al fin, jadeante, destrozada, llegó á lo alto, alcanzándola á poco Ricardo, que se había fingido menos corredor que ella, para excitaria en la carrera. Los dos estaban, á la verdad, cansadísimos. Hallábanse á corta distancia de D. Trifino, el cual les apuntaba con la escopeta en broma, riéndose interiormente del susto que iba á darles cuando les gritara:—¡Al lobo! ¡Al lobo!—Sofia y Ricardo estaban de pie, frente á frente, mirándose, aspirando fuertemente el embalsamado aire de la montaña. Estaba la mujer de D. Trifino verdaderamente encantadora. Su blanca y sonrosada tez de rubia había tomado más vivos matices. Sus ojos azules brillaban con más intensos fulgores. Sus labios menudos, parecían un fruto entreabierto. Todo su cuerpo, bien proporcionado, temblaba de cansancio y de abandono. De repente la hermosa mujer palideció, y empezó á vacilar, pronta á caer. Ricardo se acercó más á ella, y la recibió en sus brazos, en los que cayó Sofia en una dejadez completa.

—¿Se ha puesto usted mal?—la preguntó gravemente Ricardo.

—Sí,—balbuceó ella con voz apagada.—Pero ya pasará.—No llame usted la atención. Nadie nos ve aquí desde abajo.—Así permanecieron breve rato, confundiendo sus alientos, sin articular palabra, estrechados uno contra otro. Ricardo sostenía una lucha terrible. No en vano era hombre; no en vano sostenía contra su pecho á una mujer hermosa. La lucha arrelaba cada instante que transcurría. Una ola de sangre se agolpó en su cabeza. Cegó, y no pudiendo resistir más, puso frenéticamente sus labios en los labios de Sofia. Retumbó un tiro á corta distancia. Ricardo y Sofia se separaron aterrados. A poco, apareció D. Trifino por detrás de los peñascos. Ya había llegado á la cumbre la demás gente.

—¿Qué es eso, D. Trifino?—le preguntaron.—¿A quién ha tirado usted?

—¡Al lobo, señores, al lobo!—dijo mirando á Ricardo.—Pero nada más que para hacerle huir. Renuncio á mis teorías. Hay que separar al lobo de la oveja.

(Dibujos de G. Pajol II.)

JOSÉ DE SILES

Ayuntamiento de Madrid

La Cruz de Mayo



F. S. Corina

El modernista, menos apegado á las usanzas antiguas, se duele, sin embargo, y con dolor sincero, de que ciertas costumbres de antaño desaparezcan, ó se modifiquen extrañamente, sin pretexto ni causa. Compréndese que se hayan deserrado del Carnaval las mascaradas groseras, aquellos disfraces de mugrientos trapos y ce rotos esteras con que solían enjaezarse determinados prójimos, á falta de mejor indumentaria. No es reproachable tampoco que se hayan suprimido aquellas ruidosas salidas «á esperar á los Reyes Magos» en enero, cuando varios energúmenos, vociferando por las calles, cargaban con escaleras é infestaban la atmósfera con el humo de resinosas hachas de viento. Estos añejos hábitos, y otros parecidos, tenían mucho de bárbaros, no obstante la simplicidad que acusaban tales manifestaciones del regocijo público. La cultura moderna exigía que todo esto fuera enterrado, sin esperanza de resurrección alguna.

Pero, había una fiesta popular que, en Madrid, especialmente, era la delicia, el embeleso, el júbilo de los tiempos de nuestros abuelos. Me refiero á la «Cruz de Mayo». Aquí nada había de tumultuoso, ni rastrero, ni salvaje. Parecía cifra de lo exquisito, compendio de lo delicado, resumen de lo bello. Caras bonitas; altares adornados; domes primaverales; el símbolo de la Redención cristiana como «principal motivo» de aquella especie de callejera sinfonia de mujeres y flores.

Esta finidísima tradición, en muchas partes, ha desaparecido por completo, ó ha degenerado en términos tales que no es sino un simulacro, un esqueleto, una sombra de lo que fué en su edad de oro.

Para saber lo que era, hay que ir á los pintores que la inmortalizaron en sus cuadros ó á los escritores que la perpetuaron en sus libros. La realidad de ahora es bastante triste. ¿Qué era la «Cruz de Mayo», en Madrid, á primeros de siglo? Una fiesta de la juventud y de la alegría. Las muchachas más garbosas del barrio vestíanse de «Mayas», esto es, con la falda ceñida, con el mantón de Manila, con el zapatito bajo, enredando en su pelo, primorosamente peinado, un clavel ó una rosa. Cогian en sus blancas manos una bandejilla de plata; y al pie de un altar, improvisado al aire libre, en cualquiera ventana, y profusamente ornado de flores y luces, demandaban al transeunte una moneda «para la Cruz de

Mayo». Saltaban los piropos, estallaba la risa, revoloteaba el amor y brillaba la hermosura. Coincidiendo la fiesta popular con el despertar de la naturaleza, los campos y los jardines enviaban para la Cruz sus floraciones más aromáticas y vistosas. Y el «leño sagrado», que sirvió de patíbulo á Cristo, parecía sonreír, como en medio de una apoteosis de gloria, abriendo sus brazos para proteger triunfalmente aquella oleada de vida que el sentimiento religioso rendía á su culto. Hoy han cambiado, con los tiempos incrédulos y difíciles que alcanzamos, las decoraciones y los actores. Ya no se erige ningún altar en las calles. Ya las garbadas mozas se han trocado en infantiles pedigrifeas, que casi siempre en su petición son desairadas por los transeuntes. No queda más que un recuerdo que tímidamente asoma, ese día solemne, la cabeza, hablando de cosas dulces que pasaron. Y es lástima. Porque la «Cruz de Mayo» era algo más que una costumbre bonita. Era parte del espíritu de la patria, que ya se va borrando de algunos desnaturalizados corazones.

SOTERO VARELA

Ayuntamiento de Madrid

LA FIESTA DE SAN JORGE EN BARCELONA

Coincide la fecha en que se conmemora al santo vencedor del infernal dragón con la llegada de la primavera, y el precioso patio de la antigua Diputación, cuya arquitectura parece transportarnos a la *Cu d'Oro* de Venecia, queda convertido en mercado de rosas, que, no contentándose dentro de aquella hermosísima decoración, se esperece por la plaza de San Jaime y calles inmediatas.

Según costumbre permítese en seme-



jante día la entrada al público en los departamentos de la Audiencia, instalada en el antiguo palacio del *General* de Cataluña, y es de ver á la multitud invadiendo aquellas góticas salas y la bellísima capilla donde se admiran los preciosos ornamentos sagrados usados en semejante día, así como el imponderable tapiz de San Jorge.

exacta representación por medio del arte, imponente para prestar á la realidad su perfume y su viveza.

No es posible, ciertamente, celebrar de una manera más encantadora la llegada de la Primavera que con esa fiesta de las rosas, que es también la fiesta de la juventud.

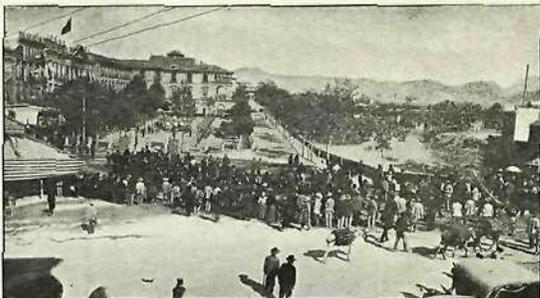
Mil y mil veces se han inspirado artistas y poetas en aquella pintoresca escena para reproducirla sobre el lienzo ó en armoniosos versos, pero siempre la realidad supera en hermosura á lo pintado ó es crito; es aquel cuadro de luz, de colores, de movimiento y de juventud que desafía la

representación por medio del arte, imponente para prestar á la realidad su perfume y su viveza.
A. ALCÁZAR

LA EXPOSICION DE MURCIA

Cuatro meses han transcurrido desde que D. Juan Rubio, rico propietario murciano, concibió la idea de la Exposición, hasta su brillante apertura, todo concluido, acabado y á punto. Y esta maravillosa actividad merece tantos mayores elogios en cuanto sólo se contó, como base, con la construcción de un pabellón por el Ayuntamiento y una subvención de 19,000 pesetas del Gobierno.

La falta de oficiales protecciones fué suplida con la generosidad del banquero D. Pedro Serret,



SALIDA DE LAS COMISIONES DEL AYUNTAMIENTO



PUERTA DE ENTRADA

el entusiasmo del arquitecto D. Pedro Cerdán y la cooperación del Sindicato minero. Hoy aparece transformado el jardín de Florida-blanca en un delicioso Parque, dentro del cual se levantan las bellas construcciones de nueva planta



COMISIONES EN LA INAUGURACION

proyectadas por Cerdán: pabellones, galerías, restaurantes, etc. Sirve de ingreso á la Exposición una magnífica puerta de entrada, obra del escultor y decorador señor Huertas. A la izquierda se levanta el



INSALACION DEL SEÑOR KORA (CARTAGENA)



PABELLON DE MINERIA

pabellón de Minería, estilo Renacimiento. Es el más notable; las pilastras, que sirven de sostén á ligeros arcos, están decoradas con medallones y azulejos. Tiene 30 x 950 metros.



COMISIONES EN MAQUINARIA



INSTALACIONES EN INDUSTRIA



INSTALACIONES DE AGRICULTURA



JARDINES DE FLORIDABLANCA

En el fondo del jardín se halla el pabellón de Bellas Artes, de estilo clásico, y repartido en tres salas iluminadas por la luz cenital. El Pabellón de Maquinas forma como un arco de herradura. A su izquierda, el café restaurant, de madera imitando bambú muy elegante y ligero.



PABELLÓN DE LA INDUSTRIA

El pabellón de la Industria es muy airoso; mide 60×1030 metros, estilo Luis XV. El de Floricultura es de estilo rústico, revestido de cañas. El de Agricultura es la reproducción exacta del Patio de los Leones, de la Alhambra. Todas las construcciones, á pesar de la rapidez con que han sido llevadas á cabo, se distinguen por su solidez, aparte del buen gusto y de la perfecta consonancia



Puerta de Salida



PABELLÓN DE AGRICULTURA

de su apariencia con su destino.

El éxito alcanzado por la Exposición ha superado todas las esperanzas, pues han sido tantos los pedidos para instalaciones que ha faltado espacio para admitir muchos envíos.

LEANDRO DELGADO

(Fotografías de M. Cantos)

UN SERMON DE EFECTO *por Gascón*



Todos los vecinos del pueblo, hasta la Sra. Escolástica, que era más sorda que una tapia, acudieron a oír al predicador que, según fama, era un portento.



Pero este señor, había subido al púlpito sin ninguna preparación, y como no sabía improvisar, aquel día se vió en gran apuro para llenar su cometido.



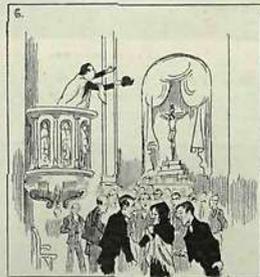
Por fin, se le ocurrió una idea salvadora, y dirigiéndose á los fieles: — Todo aquel que no oiga la palabra divina es señal de que está condenado, — les dijo.



Y con exagerados ademanes, sin que de sus labios saliese una frase y gesticulando sin cesar, señalaba al cielo y al infierno.



Los fieles por más que aplicaban el oído no percibían una sola palabra, estaban consternados, confundidos, no les cabía duda de su condenación.



Y acabaron de cerciorarse de su desgracia, cuando al preguntar á la sorda: — Señora Escolástica, ¿oye usted el sermón? Esta lea contestó: — Todo, hijos, todo. ¡Qué poco de oro tiene este señor!



LA FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS

Es fiesta que de orgullo
llena á los valencianos
la fiesta de la Virgen
de los Desamparados,
patrona de aquel pueblo
sencillo, alegre y franco,
que encierra en el estuche
de su florido prado
mujeres ideales,
aromas delicados,
un alma soñadora
y un corazón honrado.

Es fiesta sugestiva,
de imponderable encanto,
de grata poesía,
de un colorido mágico;
con flores, luz y esencias
del sonriente Mayo;
con besos de las brisas
y trinos de los pájaros...
La fiesta más espléndida
que da el orbe cristiano,
pues siempre á ella se asocian
por un misterio raro
la tierra con sus galas,
el cielo con su manto,
la gente con sus rezos
y el tiempo con su Mayo;
que es Virgen muy excelsa
y es digna de tal fausto
la Madre cariñosa
de los Desamparados.

Apenas nace el día
y el sol lanza sus rayos
primeros sobre el rico
paisaje de los campos,
invaden los jardines,
que están engalanados,
las gentes bulliciosas,

amigas de saraos,
de *chalas* y de fiestas
con *vistas al morapio*;
y en grupos pintorescos,
que animan con sus cantos
parleros ruseñeros
que pueblan el espacio,
y ricas valencianas
con trajecitos claros
muy lindos y ligeros
que alegran más el cuadro,
se engullen sendas tazas
de chocolate, cuando
no almuerzan como príncipes
que es lo más ordinario;
y al fin de la comida...
¡momento soberano!
¡la boca se hace agua
tan sólo con pensarlo!...
rindiéndolo culto ardiente,
tan justo como humano,
á prácticas antiguas
que no han degenerado,
tributaré á la fresa,
cogida para el caso
con todas sus bondades
y aromas desde el campo;
hombres que no tienen
más que selectos platos.
Así á la *Prima* era,
con fervido entusiasmo,
saludan en tal día
los buenos valencianos.

Después, dan un paseo

por donde está el mercado
de flores, lleno de ellas
y de *preciosos ramos*;
y en menos de una hora
que esté allí plantado,
envuelto en el perfume
de rosas y de nardos,
de lilas y claveles,
de dalias y geráncios,
ves más caras bonitas
más talles y más tallos
que dando al mundo entero
la vuelta en muchos años.

Más tarde entre un gentío
que bulle alborozado
en rejas y balcones,
en calles y tejados,
hermosa y esplendente
pasea aquellos barrios,
cubierta de riquezas
que aumentan sus encantos,
la Virgen soberana
de los Desamparados,
la Madre de los pobres,
la Imagen del bien santo,
la dulce protectora
del pueblo valenciano,
consuelo del que sufre,
piedad, amor y amparo...
¡Hincamos á su paso,
que somos en el mundo
sus hijos... sus vasallos!

F. ROIG BATALLER





TERCERO EN DISCORDIA

Cuando nos separamos ella se marchó llorando como una Magdalena, yo hondamente impresionado.

Pero no había otra solución: la incompatibilidad de nuestros caracteres nos había obligado á dar el paso aquel, arrojando todas sus consecuencias.

Julia era de un temperamento activo y dominante; el mío discrepaba poco del suyo; los disgustos eran muy frecuentes, de modo que decidimos separarnos amistosamente y que cada cual tirara por su lado.

Y bien sabe Dios que me costó gran trabajo, porque después de vivir seis años con una mujer que se había entregado á mí en cuerpo y alma, era necesario tener mucha fuerza de voluntad, mucha, para haber llegado á aquel extremo.

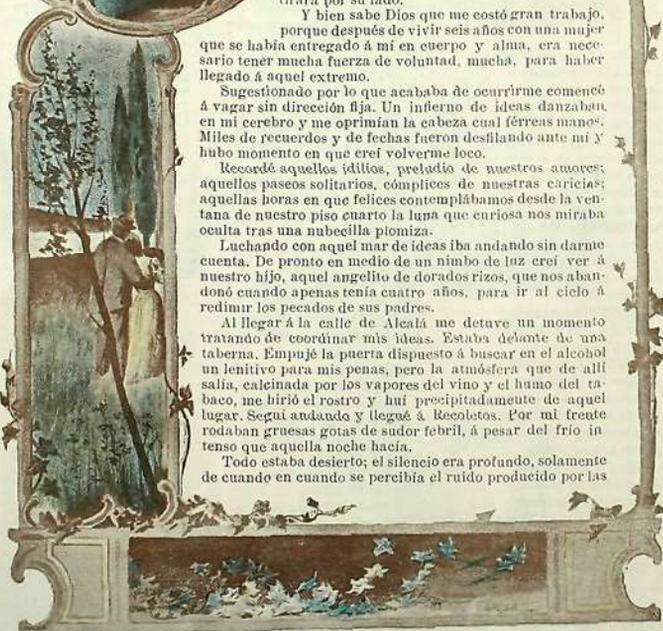
Sugestionado por lo que acababa de ocurrirme comencé á vagar sin dirección fija. Un inferno de ideas danzaban en mi cerebro y me oprimían la cabeza cual férreas manos. Miles de recuerdos y de fechas fueron desfilando ante mí y hubo momento en que creí volverme loco.

Recordé aquellos idilios, preludio de nuestros amores; aquellos paseos solitarios, cómplices de nuestras caricias; aquellas horas en que felices contemplábamos desde la ventana de nuestro piso cuarto la luna que curiosa nos miraba oculta tras una nubecilla plomiza.

Luchando con aquel mar de ideas iba andando sin darme cuenta. De pronto en medio de un nimbo de luz creí ver á nuestro hijo, aquel angelito de dorados rizos, que nos abandonó cuando apenas tenía cuatro años, para ir al cielo á redimir los pecados de sus padres.

Al llegar á la calle de Alcalá me detuve un momento tratando de coordinar mis ideas. Estaba delante de una taberna. Empujé la puerta dispuesto á buscar en el alcohol un lenitivo para mis penas, pero la atmósfera que de allí salía, calcinada por los vapores del vino y el humo del tabaco, me hirió el rostro y hui precipitadamente de aquel lugar. Seguí andando y llegué á Recoletos. Por mi frente rodaban gruesas gotas de sudor febril, á pesar del frío intenso que aquella noche hacía.

Todo estaba desierto; el silencio era profundo, solamente de cuando en cuando se percibía el ruido producido por las



hojas secas que arrastraba el viento formando caprichosos remolinos, espectáculo que iluminaba una larga fila de faroles semejantes á blandones alumbrando el funeral de un amor recién muerto.

Rendido, sin fuerzas, me dejé caer pesadamente sobre un banco y allí permaneci víctima de idiota estupor hasta que la campana del reloj de San Pascual me sacó del letargo.

Eran las dos de la madrugada.

—¡Julia!

—¡Manuel!

—Al fin, te encuentro después de cinco años.

—¿Cómo estás?

—Ya lo ves.

—Si, ya veo que estás muy desmejorada, que tus cabellos han comenzado á blanquear.

—También noto que sobre tu cabeza han caído los primeros copos de nieve.

—¿Qué ha sido de tí durante nuestra separación?

—He arrastrado una vida llena de penalidades, trabajando para comer. ¿Y tú?

—Yo he hecho una excursión por América. ¿Te has acordado de mí?

—Mucho más de lo que puedas imaginarte.

—¿Quieres hacerme un favor?

—No he de querer.

—Ven conmigo á mi casa.

—Vamos.

Julia se agarró á mi brazo, me lo oprimió nerviosamente; su cuerpo temblaba como si tuviera azogue. Llegamos á la calle del Prado. Entramos en una casa, subimos á la habitación de Julia, que era de reducidas proporciones, pero adornada con esmero y hasta con cierta coquetería.

Nos sentamos.

De pronto me fijé en un retrato colocado sobre la cómoda, cubierto con un crespón negro. Me levanté para verlo. ¡Era el mío!

—¿Qué significa?— pregunté.

—Que creyéndote muerto lo conservaba como una sagrada reliquia. Todas las noches me arrodillaba ante él y rezaba por tu alma.

No pude resistir más. Loco, cogí á Julia entre mis brazos y cubri sus mejillas de besos.

En aquel momento cayó un objeto al suelo. Era un medallón con un retrato y un rizo de nuestro hijo.

¡Era el hijo de mi ama que asistía á la reconciliación de sus padres!

(Dibujos de G. Pajol II.)

EDUARDO MONTESINOS



EL TERMINO MEDIO

Eranse Pedro y María un matrimonio modelo, como esos que para maestra suelen hacer el Padre Eterno. Ella era una moza *super*, de ojos rasgados, espléndidos, gentil como una palmera y hermosa como una Venus; y él era un mozo gallardo de esos que quitan el sueño á las hembras más bravías por lo bizarro y lo apuesto. Hubieran sido dichosos, porque su amor era inmenso, y Pedro, igual que María, eran dos seres perfectos; pero ambos tenían tanta afición por el torero, que aunque pareciera mentira es, sin embargo, muy cierto, que aquel matrimonio no era dichoso, ni mucho menos, pues como él de Mazzantini era partidario acérrimo, y ella afirmaba que el *Bombita* ó por sí el *Bombita* era un Séneca en eso de dar el quiebro, el matrimonio sufría unos disgustos tremendos, y casi siempre acababan, María y su esposo Pedro, andauito á cachete limpio ó tirándose del pelo, puesto que á extremos tan graves nos suelen llevar los cuernos.

Cierta mañana, tras una bronca de *primo cartelito*, en que Pedro y María se llenaron de improperios



diciéndose unas palabras muy feas y unos conceptos de esos que los diputados se dicen en el Congreso, la desconsolada esposa huyó del hogar doméstico, y fué á contar á su madre sus pesares sin consuelo.

— ¡Ay, madre mía!

— ¿Qué pasa?

— ¡Que mi marido es un pérfido!

— ¿Qué me dices?

— ¡Un mal hombre un pilla, que se ha propuesto matarme á disgustos!

— ¡Hija, si lo que dices es cierto, le traigo aquí de una oreja y aquí mismo lo desuello, para escarmiento de pícaros y de maridos protervos! Pero explícate, hija mía, qué es lo que ocurre?

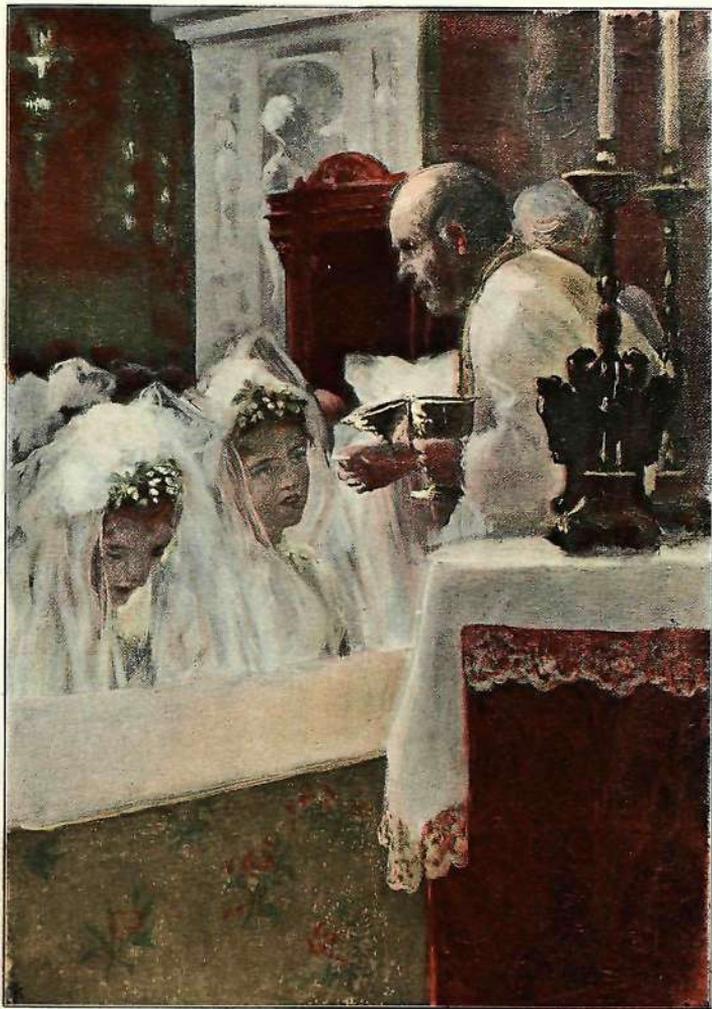
— Que Pedro y yo, discutimos siempre por cuestiones de torero, y como en las discusiones jamás estamos de acuerdo, porque él es *mazzantinita* y yo á *Bombita* diciendo, no pasa un día siquiera sin que haya en casa un tiberio.

— ¿Y por eso son las riñas?

— Por eso sólo por eso!

— Pues, hija mía, la cosa tiene muy fácil arreglo: qué Pedro es de Mazzantini y tú de *Bombita*? Bueno: que para que no haya riñas, se busca un término medio, y en cuanto tengáis un hijo que sea del *Algabeño*!

MANUEL SORIANO



LA PRIMERA COMUNION

Ayuntamiento de Madrid

LA PATRONA DE VALENCIA

Es la Virgen predilecta de la ciudad del Turia. La patrona adorada del pueblo valenciano. La madre amorosa de los afligidos; de los que sufren, gimen, y sienten penas en este valle de lágrimas y amargura.

Por eso los creyentes la invocan con el dictado más tierno que puede dársele, con el de madre dulcísima de los Desamparados. Por eso siendo la excelsa patrona de Valencia, si se me permite la frase, una virgen regional, su advocación es conocida en todo el mundo.

Y se explica: porque en todas partes hay seres desvalidos que lloran en medio del más espantoso desamparo; seres que sufren heridos por el dardo cruel del infortunio; y seres, en fin, que perdida toda esperanza aquí en la tierra, levantan los ojos humedecidos por el llanto al cielo, y la ponen en Dios.

Y cuando á Dios se ruega ¿qué mejor intercesora, para que nuestras preces lleguen, cual oleadas de incienso, al celeste trono, que su dulce madre?

Para los hijos de mi país, la patrona de Valencia, además de su significación religiosa, que todos adoramos, tiene otra cívica: viene á ser un símbolo de la pequeña patria, de esa patria que gráficamente hemos dado en llamar *chica*, y que, sin embargo, es parte integrante de la patria *grande*, que todos también amamos. La cual constituye la gloriosa nacionalidad española. La Virgen de los Desamparados, como todas las imágenes de la católica España, tiene su tradición poética, que debemos respetar, porque las tradiciones son las leyendas gloriosas de los pueblos que templan su alma, y en los rudos combates de la vida para luchar es preciso creer.

Pueblo sin ideal es un pueblo muerto, ha dicho un célebre orador.

El historiador analiza; el poeta canta. El primero nos afirma que la escultura de la venerada imagen, objeto de los presentes renglones, es obra de un artista anónimo del siglo XV; el poeta nos dice

inspirándose en la tradición, que tan precioso simulacro fué hecho por los ángeles, que en forma de peregrinos, ofrecieron al reverendo padre fray Gilaberto Jofré, construido en tres días, desapareciendo milagrosamente del taller donde los encañaron, cumplido su compromiso. ¿A quién debemos dar crédito? Indudablemente al historiador; pero no vacilo en decirlo: entre la prosa analizada

ya y fría y la leyenda poética y piadosa, me quedo con la tradición.

La historia de Nuestra Señora de los Desamparados, está ligada por completo á la del Hospital general de Valencia, uno de los primeros que se establecieron en España, y que por su lujo y comodidades

figura en primera línea entre los mejores de Europa. Es un establecimiento que honra en alto grado la inagotable caridad de mis paisanos. Su fundación

se debe al piadoso mercenario, más arriba citado, fray Gilaberto Jofré, que en 1410, con aprobación del papa Benedicto XIII y del rey D. Fernando, estableció la cofradía de Nuestra Señora de los Inocentes, creando un asilo para los niños abandonados y dementes. La imagen de la Virgen data del año 1414. Desde un principio el pueblo le tuvo gran devoción, siendo designada, por las razones más arriba expuestas, con la advocación de los Desamparados, que es la que ha prevalecido. Aunque oficialmente

Valencia tenía otra patrona, la devoción popular tuvo siempre á su Virgen predilecta como á tal, y así se la vino considerando, hasta el año 1885, en que debido á la iniciativa de la Junta de *Lo Rat Penat*, entre cuyos individuos tenía el honor de contarse, logranos que la Santidad del actual pontífice León XIII, la declarase solemnemente en 21 de abril del citado año, patrona oficial del antiguo reino de Valencia.

La fiesta mayor á su adorada soberana la celebra la capital del citado reino en el mes de mayo, mes consagrado á la Virgen por la Iglesia, y á las flores y mariposas por el amoroso consorcio de la naturaleza y la poesía. Es una fiesta alegre, dulce, típica, que habla al alma tanto como á los sentidos, y que deja gratos recuerdos á todos los forasteros que la presencian. La ciudad, engalanada, se postra conmovida al paso de la venerada imagen conducida en procesión, que recorre triunfante las calles entre vivas, rezos y bendiciones.

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE



LO
Es c
mucho
partid
se pag
tiempo
Gladst
ma y r
sentan
ordinar
vez de
francos
con lo e
sumas
mentos
pleos et
cial y
glés pa
56'25 fr
que pag
dar los
cos.

En Bi
do á qu
dos un p
neral R
cia.

Suele
el forma
cias, pa
alimen
biéndose
uso de l
chos cue
de algun
asegura
tenga ta
te de las

EMM
Desde
Irlanda
mayoría
dos Unió
nias trian
pues asc
bitantes,
fluyente
la indus
landeses
celtas, sc
dores y
poco en l

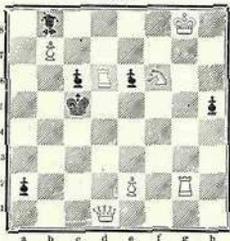
Las pa
actualme
ses; poro
ces. Las
blancas
haber sid
atura q

PEPITORIA

Problema de ajedrez núm. 25

POR C. M.

NEGRAS



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 3 jugadas

LO QUE PAGA UN INGLÉS
Es cierto que en Inglaterra hay mucho dinero, si bien muy mal repartido, pero asimismo es cierto que se paga mucho. Pasaron aquellos tiempos en que, siguiendo al gran Gladstone, el país pedía *Paz, economía y reformas*; hoy las cosas presentan otro aspecto: el presupuesto ordinario de Guerra y Marina en vez de ascender á 400 millones de francos anuales es de 1.200 millones, con lo cual importan mucho más las sumas destinadas á dichos departamentos que no las dedicadas á empleos en bien del mejoramiento social y de la civilización. Cada inglés paga por ahora, por barba, 56²⁵ francos al año, pero tendrá que pagar mucho más para secundar los planes chamberlaino-rhodesscos.

JUSTICIA INGLESA

En Birmingham ha sido condenada á quince días de trabajos forzados un pobre ven ledor de periódicos que pregonaba la captura del general Roberts, siendo falsa la noticia.

ADULTERACIONES DE LA LECHE

Suelen emplearse el ácido bórico, el formaldehído, entre otras sustancias, para preservar la leche y otros alimentos, pero es el caso que habiéndose experimentado en gatos el uso de la leche adicionada con dichos cuerpos murieron todos al cabo de algunas semanas. Conviene, pues, asegurarse de que la leche no contenga tales drogas extrañas, aparte de las de *costumbre*.

EMIGRACION IRLANDESA

Desde 1851 acá han emigrado de Irlanda 3.800.000 personas que en su mayoría se han dirigido á los Estados Unidos. En esta nación la colonia irlandesa es la más numerosa, pues asciende á 12 millones de habitantes, y es asimismo la más influyente en política, aunque no en la industria y el comercio. Los irlandeses, en efecto, como buenos ceatas, son buenos oradores, labradores y soldados, pero desuellan poco en las ciencias y en el negocio.

CERÁMICA

Las pastas cerámicas empleadas actualmente se dividen en tres clases: porcelanas, asperones y fayences. Las porcelanas permanecen blancas y translúcidas, después de haber sido sometidas á una temperatura que varía, según su compo-

sición, entre 1200° y 1400° (la porcelana dura de Sévres cuece á 1375°). Las porcelanas no son porosas.

Los asperones ó grés, en las mismas condiciones, permanecen opacas; son generalmente grises ó coloridas; su porosidad es casi nula.

Las fayences ó lozanas permanecen siempre porosas después de salir del horno. Se las cuece á la temperatura de 700° á 1.200°.

Bismarck, terrible, lanzó al abismo á aquel simpático conde de Arnim, y con los callos hace lo mismo el callicida LADIVONSIM.

LOS SEMITAS Y OLIVARES

El conde-duque de Olivares era afectísimo á los judíos, á muchos de los cuales había hecho venir de Salónica, ocupando algunos de ellos, con hábito y nombre de cristianos, altos puestos en el ejército, la administración y los tribunales. Es indudable que el favorito propuso á Felipe IV se les diera á los judíos un barrio en Madrid, para vivir separados, y si no fué así debióse á la oposición del Santo Oficio y del Consejo de Castilla.

Tan engrasados se hallaban los judíos que aparecieron en las calles de la coronada villa unos pasquines que decían: *¡Viva la ley de Moisés y muera la de Cristó!* Esos judíos de Salónica debieron permanecer aquí ya sin moverse, pues durante el reinado de Carlos II se les tenía en mucho por suponerles hábiles en allegar dinero, y era verdad, pero

todo el dinero que ganaban lo enviaban en seguida al extranjero, pues según las leyes españolas no podían poseer nada en la Península.

En tiempo de Carlos II, cuando la gente se moría literalmente de hambre, cuando salía de Madrid una expedición en la que figuraban el verdugo y sus criados, para requisar los pocos víveres que aun hubiese por los pueblos castellanos; cuando en Andalucía quedaban deshabitadas cinco mil casas; cuando «la alondra debía llegar el trigo en el pico para atravesar las dos Castillas»; cuando «los padres no podían otrecer á sus hijos más comida que sus entrañas»; en aquel tiempo, pues, para sacar mayores productos, se entregaba la recaudación de las rentas á los judíos que vinieron llamados por Olivares y eran tolerados por la Inquisición en gracia á su habilidad financiera.

—Dígame usted, Paquito. ¿Porqué es salado el mar?
—Porque está lleno de sardinas.

JEROGLÍFICO



CHARADA

Primera y segunda, nombre abreviado, como el *todo*; segunda y primera, lleno con un líquido que tomo.

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior.
Charada.—Pepino.
Frases hechas.—Cortarle el revésino.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSERTESE ÉL N.º, NO SE DEUYE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUÁN, 50 - BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid



NU